

HORACIO QUIROGA

Poemas

*Poemas escritos en las postimerías del siglo XIX.
Quiroga, "pontífice" del grupo El Consistorio,
autor secreto de Los Arceifes de Coral (1909).
"anticipa la escritura automática" (E.R.H.).*

El juglar triste

La campana toca a muerto
en las largas avenidas
y las largas avenidas
despiertan cosas de muertos.

De los manzanos del huerto
penden nucas de suicidas,
y hay sangre de las heridas
de un perro que huye del huerto.

En el pabellón desierto
están las violas dormidas;
las violas están dormidas
en el pabellón desierto!

Y las violas doloridas
en el pabellón desierto,
donde canta el desierto
sus victorias más cumplidas,
abren mis viejas heridas,
como campanas de muerto,
las viejas violas dormidas
en el pabellón desierto.

Mi palacio de invierno

En casa había belladona
nuez vómica y pulsatilla;
en forma de varilla
contenías una redoma.

Y esa manzana poma
había sido elogiada en la gacetilla
de un diario. Y la gente sencilla
reía de esa pueril poma.

Los enfermos, sin embargo, con esa débil sonrisa
en que su voz de haber sido se exterioriza
como una melancolía que alcanza a ser plegaria,
saben el secreto de la larga vigilia solitaria,
en que el recuerdo de un largo contacto de rodilla
vale menos que una leve toma de pulsatilla.

Lemerre, Vanier y Ca.

Bajo la curva, la noche plomo;
sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana que está entreabierta
la luna muestra su faz de muerta,
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales.
Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distantes
como murmullos subcrepitanes.
Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana.
Los negros perros, estremecidos,
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrían los goznes de modo adusto
y a la ventana se asoma un busto:
como los muros - en línea recta-
la Luna en negro disco proyecta
sobre la albura del macadam,
como un curvado, trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Nôtre-Dame.

Colores

Era una rosa que tenía nueve colores, y el primero de éstos era un agujijón para los malos hombres.

Azul-Violado-Gris-Rojo-Verde-Oscuro-Blanco-Perla-Lila.

No era menester que fuera. Dado que la primera palabra es en sí precisa, hubimos de meditar todo aquel largo día sobre nuestra pretérita aspiración, —siempre esperado por ellos, buenos o intranquilos— para una dolencia que, en verdad, supo ser inmotivada, a una hora en que las ojeras están fatigadísimas, por un angosto valle de silogismos donde no fuera sensato detener la marcha.

Mis negras culebras. . .

Mis negras culebras dormían sobre la alfombra; y la intranquilidad que de pronto se apoderó de ellas llegó a mis trémulas historietas, donde el llanto por emociones pasadas consiguiera nuevos triunfos.

La agitación de las finas bestias cobró fama de un desvelo; la seda de sus pieles aquietó pausadamente el nervioso moaré y, ya de rodillas ante ellas —en el silencio de la gran sala— sus ojos de vidrio traslucieron el paisaje de su inquietud, bajo la tienda de un jefe de rebeldes: —los espejismos crepusculares danzaban en el horizonte extrañas geometrías. Y una luna enorme surgía, tambaleándose. Y sobre el insomnio de las negras culebras que no supieron conservar tu manto, el silencio pudo ser llenado con el chocar de tu cadenilla, Salambó, Salambó!

Comencé a escribir. . .

Comencé a escribir y a dibujar: —fue un pasaje del año anterior, un éxodo de sueño-ensueño que vagó, flotó, tremuló, llevando así en una carne de novia, hostil y enferma, toda la negligencia de mi inverosimilitud.

Fue una intuición de gloria: ¡arrodíllate!

Fue una desventura: ¡no me olvides!

.....

